

Periplo junto al apóstata

Dublín en Caracas:

A los 15 años la literatura comenzaba para mí, a pesar de la obligatoriedad de ciertas obras que necesariamente las proceden, a partir de Cien Años de Soledad, de La Casa verde o de Tres tristes tigres. Desde ellas, un juicio de valor trasciende y se traduce en conciencia literaria, en parámetros definidos con los cuales voy a descubrir a los clásicos, a reincidir en el siglo XIX, a transitar el camino de las múltiples propuestas y escuelas de las que gusto tanto el siglo XX, o a volver sin la resistencia, propia de la imposición de los programas educativos, a la ineludible literatura venezolana. En mi caso, no era posible pensar a Stephan Dédalus sin Bustrofedón siendo Bustrofedón una consecuencia de aquel Telémaco Dublinés. Llegue a sentir verdadero desasosiego al pensar que aquella generación de escritores los del boom, pudiese dejar de escribir, me volví adicto a su producción literaria, esperaba sus novelas o sus volúmenes de cuentos con la misma expectativa que generaba la entrega de los capítulos de El fugitivo o de Mr Solo. Hoy reconozco en ello un acto de frivolidad.

También debo confesar que, un poco hijo de los tiempos y otro poco hijo de comunistas, la literatura y el ensayo político pesaban sobre la ficción; de cualquier

modo, un clásico indiscutible para los que llevamos el nombre de algún icono del internacionalismo proletario colgado de nuestra cedula, era aquel pasquín que muchos reverenciamos: Así se templó el acero de Nikolái Alexeievich Ostrovski. Más adelante me recrearía en los furiosos panfletos de Eduardo Galeano y Paulo Freire: Las venas abiertas de América Latina y Pedagogía del oprimido. Mi aberración llegó a tanto que a los 15 años traté de descifrar a Régis Debray y a su Revolución dentro de la revolución. Todo indicaba que me estaba formando para excluirme del mundo.

Bolívar, aquel ridículo romántico

Dentro De este árido intelectual, llega a mis manos Boves El Urogallo. Recuerdo que el principal interés hacia esta primera novela de Francisco Herrera Luque, fue encontrar reflejada en ella la constatación de la lucha de clases, en este caso, de castas, en la guerra de independencia venezolana, una visión que no se divorciaba del materialismo histórico al que me debía. Pero más allá del “hallazgo” político, había encontrado a un autor que desde las consejas y la historia recreada iba a construir un universo complejo, sincrético, sacrílego y revelador, al que acompañaría obra a obra con la cons

tancia con la que acompañe a los novelistas del boom. Por ese entonces mis “convicciones” sufrían sus primeras fracturas, el caso Heberto Padilla en Cuba y el cuestionamiento del socialismo real eran temas de debate, estaban recientes a la invasión a Checoslovaquia y el apoyo a Fidel a la Rusia imperialista que aplastaba con sus tanques la primavera de Praga. Llegaron a mis manos los testimonios de Semprún y Edwards. La suma de estos acontecimientos me fue dando herramientas para confrontar aquellas voces que en su momento influyen en mis lecturas. Sin complejos contrapuse a Las venas abiertas de América Latina el libro de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*.

Debo acotar que los revolucionarios de los 60 y buena parte de los revolucionarios de los 70, veían en Bolívar a un oligarca que sólo respondía a los intereses de su clase y apegados a Carlos Marx, los camaradas se expresaban con sorna de “aquel ridículo romántico (petit Napoleón), godo e hijo de oligarcas”.

Quién te mira y quién te ve pajarito

La prestancia del Taita José Tomás Boves, líder de las hordas de indios, pardos y zambos –reacción virulenta en contra del poder de mantuanos y oligarcas en el torbellino de una guerra civil-, conmovía a los hijos de Mao. De inmediato surgieron transposiciones arbitrarias; por ejemplo: el indio Eulogio bien podría haber derivado hacia el comandante Magoya y el Taita nada menos que hacia el inefable Douglas Bravo. Hasta allí o hasta la producción de una serie televisiva, mantuvo la izquierda inteligente su simpatía por Boves el Urogallo. A partir de entonces señalarían “subjetividad” o “determinismo” en la obra del autor de *La casa del pez que escupe agua*. Se consumaba la apostasía, Herrera Luque no sería tampoco bien visto por una “nobleza” nostálgica que se pretendía profanada. ¿Quién leía entonces a don Pancho Pepe? Podríamos pensar que fue y es ese gran público lector, temido hasta el paroxismo por la ortodoxia, quien lo convirtió en el más vendido.

Lo que nunca comprendí, y trato de comprender ahora, es por qué los libros de Francisco Herrera Luque eran tomados con distancia por algunos de los hacedores de letras, sus pares, los escritores. Por qué la reticencia a considerarlo un novelista que manejaba los rudimentos del oficio, por qué la ligereza al señalarlo como un autor de Best Sellers, cuando bien sabemos que algunos de sus trabajos no eran de fácil digestión.

Los altares y la fe de Estado

La fascinación por la obra de Herrera Luque, en mi caso, coincidía con la desmitificación de las figuras históricas a las cuales había venerado. En su irreverencia y desenfado, yo encontraba elementos para ejercer la disidencia, para derribar mi iconografía, ver sin ruborizarme las miserias del hom-

bres, algunas de sus virtudes y echar abajo las estatuas; entonces, aprendía a liberarme del peso nefasto del culto a la personalidad, llámese Bolívar, Tupac Amaru Artigas, Lincoln, Fidel Rosa de Luxemburgo, Mao, Guevara o Karol Wojtila.

El hombre cristiano moderno —señala Carmen Verde en su esclarecedor ensayo. El quejido trágico en búsqueda fallida del héroe lo convierte en el ser trágico por excelencia. Esta conclusión me aleja del perverso voluntarismo, muy en boga en la Venezuela bolivariana. Hoy reivindico y asumo el legado del autor de *Los cuatro reyes de la baraja*, porque me reafirma como trasgresor de la fe de Estado y le da aliento a la necesidad vital de cuestionar una lectura de la historia impuesta por los intereses de un partido o el capricho de un líder.

Israel Centeno
